



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155348

F-1233

P. 39

v. 2

1884-85

CAPÍTULO I.

EL GENERAL RUBI.

En el original de mis memorias comienza este capítulo con el siguiente párrafo:

„He llegado á un personaje que necesito pintar con las tintas más claras, independientemente de toda pasión. Antes de hacerlo, declaro que somos enemigos, por más que yo no le guarde ningun rencor por los perjuicios que me hizo y que me hace aún, comprendiendo que él de por sí es incapaz de causar mal á nadie: no lo culpo de mis actuales padecimientos (me encontraba, cuando esto escribía, encerrado en una prision) así es que al hablar de él voy á hacerlo con entera imparcialidad. Lo mismo he hecho y procuro seguir haciendo con las personas que figuran en el presente libro. Como respecto de Rubí puedo ser algo sospechoso, he creído más necesaria esta esplicacion.“

Pasado el tiempo, tuve el gusto de recibirlo en mi casa y sentarlo á mi mesa, olvidando todas las peripecias que pasaron entre nosotros. Ahora con más razon tengo que modificar algunos juicios, modificaciones que he repetido al registrar todos mis apuntes, pues que al escribir en aquella época sufría inmensamente, me ahogaba el encono, me quemaba la sangre ardiente de la juventud, y todas las heridas de mi corazon iban á producir una revuelta en el cerebro, haciéndome consignar mis recuerdos con el sabor de la amargura mezclada con el resentimiento. Ahora ya no es este libro un desahogo contra los que me oprimieron y befaron, sino el relato verídico de algunos acontecimientos, que puede contribuir á la formacion de la historia: por eso expongo la verdad de lo que pasó, clara y netamente, sin desviarme de ese camino en una sola línea.

Lo siguiente pertenece tambien al original de mis memorias:

„Antes de seguir adelante, voy á dar una idea de quien es Rubí, mientras le retratan los sucesos.

„Don Domingo Rubí es un hombre como de 45 años: es bajo de cuerpo, ancho de espaldas y cojo de una pierna. Su cabeza es una bola perfecta con escaso pelo. Su color es amarillento y manchado, sus ojos grises y encapotados por unos párpados llenos de carnosidad, su frente abultada tiene la propension á hincharse más cuando él se irrita, su boca es grande, sus labios extremadamente gruesos, sus dientes negros á fuerza de estar mal cuidados y de una enfermedad que padece en las encías, el bigote es espeso, formado

de pelos gruesos y ásperos y su voz es tambien demasiado brusca.

Antes de ser general fué *tanatero* de una mina en Pánuco, hijo de padres pobres, pero honrados. Su fuerza extraordinaria, su valor personal y su instinto favorable á los principios liberales, le conquistaron un lugar preferente entre sus compañeros de armas, y pudo ser oficial casi desde el principio de su carrera.

El general Don Plácido Vega supo encontrar en él algunas buenas dotes, tales como la honradez, el cumplimiento del deber, la exactitud en el servicio y la sangre fria para combatir, favoreciéndole de seguida con todos los ascensos hasta convertirlo en coronel. Esto pasó en la guerra de tres años, en la cual tuvo entre otras campañas gloriosas la del Espinal, en que fué uno de los principales héroes de la derrota que sufrió el español reaccionario general Cajen, no obstante que contaba éste con todas las superioridades para salir vencedor. La de la independenciam nacional le valió el título de general de brigada, sin obtener nuevos ascensos, y no porque no peleara todos los dias con denuedo casi salvaje, sino porque se vió bien que era mucho ya tener esa categoria para sus limitadísimos alcances.

En cambio de todas esas buenas cualidades, Rubí tiene grandes defectos. Uno de ellos, y acaso el principal es su ignorancia, pues no sabe leer ni escribir, y con trabajo puede firmar. La costumbre de poner su firma usando de las mayúsculas D y R correspondientes á su nombre y apellido, le hacen plantarlas

en cualquier cosa que escribe. Por ejemplo, la palabra *verdad*, la escribirá toda su vida de esta manera: *beRDaD*.

A consecuencia de ser ignorante es crédulo y desconfiado. Crédulo con los que le adulan y le hacen chismes, desconfiado con las personas que no le hablan un idioma como el suyo, aunque sea para darle buenos consejos. Generalmente, á pesar de tener buen fondo, es más susceptible de dejarse guiar al mal que al bien, como sucede con los hombres que no han tenido educacion ni principios de moralidad, ni han podido formarse un espíritu recto.

El general Rubí tiene la conviccion de que no es más que un instrumento del General Corona, de que como subalterno no tiene más papel que el de la obediencia, de que no puede tener voluntad propia, y está de tal modo imbuido en esto, que mejor se abstiene de obrar cuando le cabe alguna duda, y dice francamente:

—Yo no hago eso, porque puede enojarse el tío.

A este sujeto, que ligeramente he estereotipado, fué á quien me mandó Corona que le sirviera de secretario. ¿Qué efectos podia producir semejante amalgama? Los que se producen siempre que hay mezcla de elementos heterogéneos: una monstruosidad. Por eso ningun hombre de buen sentido pudo servir mucho tiempo de secretario al Sr. Rubí, quien por esa misma causa cambió en dos años unos diez ó doce. Yo fuí el único héroe que me mantuve en el potro de los tormentos durante seis meses, nueve dias, veinte horas y veintisiete minutos.

Yo quise mucho á Rubí, y despues me he acabado de convencer de que tiene un corazon de oro; pero siempre abrigo la creencia de que uno de los más grandes pecados de Corona, cometido contra un Estado tan inteligente y patriota como Sinaloa, fué haberle impuesto en aquellas circunstancias un gobernador como Rubí. Ignoro si los sinaloensos le guardan algun rencor por haberles hecho tan terrible ofensa, despues de que le ayudaron con su sangre y con su dinero á darle un lugar distinguido en la historia de la patria.

Y no se dirá que Rubí no era ya bastante conocido, pues que algunos meses ántes, desempeñando el cargo de gobernador en campaña, durante la guerra de intervencion, y á consecuencia de haber sido despojado el gran Antonio Rosales de aquella investidura, se dió un baile en la Lonja de la ciudad de Culiacan, al cual concurrieron las más aristocráticas familias. Sabido es que en Culiacan se conservan muchas tradiciones y muchas costumbres que recuerdan el tiempo colonial. Rubí en esa noche, como en otras muchas, tuvo la debilidad de embriagarse, y entónces no sólo pronunció brándis disparatados, sino que arrastró por el suelo su decoro de gobernante, cometiendo faltas á las señoras. Entónces las familias quisieron retirarse, pero el gobernador poniéndose de pié en el centro de la sala, dijo con voz de trueno:

—*Naiden* sale de aquí hasta que rebuzne un burro en la plaza.

Era entónces su secretario D. Fortino España, quien corrió á hacer esfuerzos á su lado para ponerlo

en órden, manifestándole que algunas señoritas tenían necesidad de salir.

Entonces llamó al oficial de la guardia, y le dió la siguiente órden que pudo oír toda la concurrencia:

—Sólo dejaré Vd. salir á las señoritas que vayan á correr *cualquier* lucha ó *debilidad*, acompañadas del cabo cuarto.

Ninguna quiso ya salir."

En el original de las memorias se refieren algunas otras anécdotas, que aunque de todo punto verídicas, no reproduzco ahora por no tener ya oportunidad. En aquel tiempo se trataba de demostrar con ellas al país en general y en particular al gobierno de Juarez lo inconveniente que era para un Estado de la confederación mexicana tener un gobernante como el Sr. Rubí. El coronel Granados, también hijo de Sinaloa, dijo al Presidente y á sus ministros en el Palacio Nacional, que sentía no estuviera aquel hombre delante de ellos en aquel momento, para que dijeran con toda franqueza si era posible que se le aceptara como gobernador.

Esas y otras muchas historias, que corrian de boca en boca, y otras de que yo fuí testigo, las tengo allí relatadas fielmente, y las hubiera publicado entonces como arma de partido. Hoy sería imperdonable que lo hiciera: el hielo de los años por sí mismo ha venido apagando poco á poco la hoguera de los rencores políticos que hervía en mi corazón, y de rencores políticos solamente que, convertidos en cenizas, arrastran con facilidad las brisas del tiempo.

Durante dos meses no tuve más tropiezo en mi empleo de secretario, del gobierno de Sinaloa, que la dificultad con que el gobernador entendía los negocios, hasta llegar á acostumbrarse á que todo lo hiciera yo, sin más trabajo de su parte que poner firmas en los papeles. Tampoco podía ocuparse de otra cosa. Ya cuando me tuvo más confianza, me abandonaba por varios días el gobierno, y se dedicaba á las convivencias, que es como se llaman ahora las comilonas y borracheras.

En ese período habían permanecido encubiertas para mí las pretensiones de Don Francisco Sepúlveda hácia los actos administrativos, hasta que empezó á susurrarse que iba á ser expedida la convocatoria. Entonces abandonó completamente la Aduana Marítima, para convertirse casi en la sombra de Rubí.

No tenía yo la suficiente malicia para comprender lo que aquello significaba; me molestaba la presencia de aquel hombre, me molestaba más aún que fuera á mezclarse en los asuntos del gobierno, y me conformaba con rechazar sus pretensiones cuando me parecían absurdas.

En la extensa correspondencia que mantenía con los distritos, seguramente se recomendaba como el hombre de las influencias, porque le mandaban todos los negocios, y llegó á convertirse en el intermediario general, llenándose de impaciencia cuando encontraba en mí un obstáculo inocente para sus planes.

Nunca hizo cólera más grande que una vez en que sorprendiendo á Rubí, le hizo firmar un documento

de pago por valor de catorce mil pesos que estaba ya firmado quince días ántes. Recordé el negocio por el nombre del buque que habia traido las armas de que se trataba. Muchos miles de pesos se pagaron entónces por la Aduana de Mazatlan, valor de facturas de armamento y pertrechos de guerra, que jamás llegaron á verse en el suelo mexicano. Ya entónces comenzaba á querer abrirse paso el cinismo y la inmoralidad. Sepúlveda viéndose cogido en un acto de marcada mala fé, fué á la Aduana y volvió diciendo que se le habia extraviado el documento, que realmente habia sido firmado hacia quince dias, y que ahora pretendia un duplicado para cubrirse.

Tomaba vivo empeño en que se pagara á las personas más ricas y más influentes, de toda preferencia, lo que se les debia con motivo de las exacciones que produjo la guerra extranjera, manifestando que así quedaba aquella puerta abierta para otra oportunidad. Nosotros caíamos en el lazo, sin comprender que por todos lados estaba procurándose un buen número de simpatías y un buen número de negocios lucrativos. Mataba dos pájaros con la misma piedra.

Cuando se habian amortizado.... 300,000 pesos, llegó la órden suspendiendo los pagos, que tocó sólo á los pobres de los ranchos. Entónces Sepúlveda, para despedirse de las facultades extraordinarias que habiamos tenido, se pagó con largueza los sueldos de la campaña, una pension decretada para su familia, etc., etc. La fortuna de Sepúlveda consistia ántes en unas tierras ubicadas en Tepic, que vendió para comprar

una mujer-oso para exhibirla en Estados Unidos; pero en New York, el yankee que le sirvió de intérprete enamoró á la prenda, y en la primera exhibicion entraron los testigos y el juez, celebrándose un matrimonio que dejó á Sepúlveda á buenas noches. Después de establecida la República se aseguraba que la fortuna de este sujeto pasaba de doscientos mil pesos.

Tal hombre fué el que dejó allí Corona para que sirviera de consejero á un gobernador honrado y leal, pero muy ignorante, del cual habia pensado Sepúlveda servirse como de un escalon para llegar al poder...

El lector perdonará todos estos detalles, pero son necesarios para que se comprenda el origen de una revolucion que surgió allí, y que vino á quedar enlazada con las revoluciones que continuaron formando la cadena de nuestras últimas guerras civiles, que vinieron á tener fin en la gloriosa batalla de Tecuac.